

El « affaire » Bolo Pachá

A mediados del año de 1913 vino a Bogotá el señor Robert Koch, apoderado de la conocida casa bancaria de París, Louis Dreyfus & Cie., y en conexión con ella llegó luego el señor Bolo Pachá. Su nombre de pila era Paul Bolo y el título que usaba de Pachá se lo había conferido un Kedive de Egipto, para el cual había conseguido algunos empréstitos en Francia. Esos señores le propusieron al gobierno colombiano un contrato para la fundación en Colombia de un Banco de emisión con un capital inicial de diez millones de pesos y ese contrato, que pasó al estudio del congreso, fue aprobado en primer debate por el senado en agosto de ese año, después de numerosas reuniones de la comisión parlamentaria que lo estudió, y a la cual el señor Koch le dio todos los informes solicitados por los parlamentarios. La prensa se ocupó entonces mucho de ese asunto, y aun parece que los bancos colombianos lograron que atacaran fuertemente tal proyecto, pues era claro que la fundación de ese banco iba a disminuir, de manera bien considerable, la tasa de interés que entonces cobraban nuestros bancos. Y una de las formas de ataque a tal proyecto fue el sin número de ofertas que brotaron de la tierra de un momento a otro, ofertas que se decían inglesas, holandesas, etc. etc., de casas que hasta entonces nadie había oído nombrar y que por lo tanto estaban muy lejos de revestir la importancia que entonces tenía la casa de Louis Dreyfus & Cie. de París. Sin ir más lejos, un modesto empleado del "Almacén de los Niños" que se dijo entonces representante de una casa francesa, hizo otra propuesta de ese género... y lo malo fue que parte del público y algunos congresistas sí la tomaron en serio y hasta escribieron algunos artículos comparando esa propuesta con la que había hecho la casa Louis Dreyfus.

El señor Bolo Pachá, que era muy elegante, llegó a Bogotá con cierta aureola de esplendidez por la lujosísima vida que llevaba; traía excelentes cartas de introducción de diversas personalidades francesas y entre ellas venían

las de su hermano el Obispo Monseñor Henri Bolo, dirigidas al entonces Arzobispo de Bogotá, señor Herrera Restrepo.

Solo de vista conocí entonces al señor Bolo Pachá y aun recuerdo que se dijo que al llegar a Barranquilla había alquilado, exclusivamente para él, uno de los buques del Magdalena, cosa que hasta entonces bien pocos habían hecho y aquí en Bogotá todos pudimos admirar en él la elegancia de sus vestidos, la corrección de sus maneras y la gran distinción personal que ciertamente revelaba. Jamás se me ocurrió pensar a mí, que era un estudiante, que no muy tarde me iba a tocar presenciar su trágica odisea, y más aun, estar muy próximo a haber aparecido mezclado en ella si cediendo a las reiteradas instancias que me hicieron, me hubiera prestado a dar una carta de que luego hablaré y de la cual tal vez se hubieran servido contra él; pero no adelantemos los sucesos y relatémoslos por orden cronológico.

En vista de que no era posible que el congreso aprobara el contrato con el señor Koch, en parte por las resistencias a que antes nos referimos, algunos representantes colombianos a quienes él consultó el asunto, le aconsejaron que no siguiera perdiendo su tiempo y que regresara a su patria y desde entonces lo perdí totalmente de vista. Al año siguiente estalló la guerra europea y como a mí me tocó permanecer en París durante toda ella, recuerdo que una vez que algún diplomático aseveró que por causa de la misma se habían acabado los sastres de lujo, fue contradicho por el Ministro de la Argentina, señor Alvear, quien observó que para él los mejores sastres aún permanecían en la ciudad. Estaba Dussautoy, sastre del Zar de Rusia, quien tenía su taller en la Avenida de la Opera, y el sastre de Bolo Pachá, que trabajaba en la Place Vendome. Pasaron de ello algunos meses y fue a París un suramericano muy rico y elegante quien en alguna ocasión nos dijo que deseaba ir donde el mejor sastre de París, y algunos diplomáticos le dijimos que según el señor Alvear, que entre paréntesis era muy elegante y se vestía muy bien, los dos mejores eran los que antes indiqué. El suramericano empezó su correría por la Place Vendome y estuvo donde el sastre de Bolo Pachá, a quien le propuso que le hiciera algunos vestidos, pero éste se negó a hacerlo, diciéndole que él trabajaba exclusivamente para el señor

Bolo Pachá. Esto no más dará una idea de la real elegancia de Bolo Pachá y de su gran refinamiento en todo.

A mediados de 1916 y poco después del entierro de Gallieni, a quien el pueblo francés le hizo soberbios funerales, recuerdo haber leído en un periódico que el presidente Poincaré había recibido en el Palacio del Eliseo a Bolo Pachá. Confusamente vinieron entonces a mi memoria sus proyectos en Colombia, su gran elegancia, su viaje como soberano en buque propio, etc., etc. Se decía entonces que Bolo Pachá era el principal accionista del periódico "Le Journal", tan popular en Francia, y cuya resonante campaña en favor de que el gobierno francés comprara cañones y municiones, daba entonces tanto de qué hablar. Posteriormente se dijo que tal campaña era apenas una forma de propaganda en favor de Alemania, haciéndole ver al pueblo francés que les faltaban a los aliados los susodichos cañones y municiones, lo que naturalmente sembraba la desconfianza en el país, dándole así nuevas armas al pesimismo que entonces se apoderó del pueblo antes de que Clemenceau llegara al Ministerio de Guerra, habiéndose presentado ya en mayo de 1917 varios síntomas de indisciplina en el ejército y aun el caso de que algunas unidades del ejército quisieran marchar sobre París para imponerles la paz al Gobierno y a las Cámaras.

Pero continuemos hablando de Bolo Pachá: desde el mes de enero de 1917 le pidió el presidente Poincaré al Ministro Briand que el *dossier* que había venido levantándosele a Bolo Pachá, pasara al Consejo de Ministros, aunque este sólo contenía informes vagos contra él. Luego en una carta fechada el 2 de mayo de 1916 y dirigida por el Embajador de Francia en Berna, señor Beau, se le informaba al Quai d'Orsay que el antiguo Kediye de Egipto, Abbas, estaba en relaciones con un enviado del gobierno alemán, quien le había ofrecido un crédito importante para obtener con su concurso una campaña en Francia en favor de la paz. Añadía el Embajador francés que el Kediye había firmado con Bolo un contrato depositado en el estudio de un Notario de París, en cuya virtud le entregaba tres millones de francos y que Bolo, ya en posesión de dicha suma, la había utilizado en beneficio propio y para comprar unos terrenos en Biarritz y que sólo con lo que le había sobrado, había comprado algunas acciones de determinados periódicos franceses. Se envió entonces un comisionado especial a

Suiza para que averiguara el nombre del Notario en cuyo poder estaba tal contrato, y aunque dijo tenerlo, éste, al ser interrogado, negó poseer dicho contrato. Se enviaron en seguida comisiones rogatorias a los Estados Unidos para averiguar el origen de los fondos que allí tenía Bolo y esas comisiones informaron que ellos provenían del Deutsches Bank, pero a pesar de ello, ni Briand, ni Lyautey, ni Viviani, creyeron mucho en ese entonces en la culpabilidad de Bolo Pachá ni en que él fuera en realidad un espía de los alemanes en su patria.

Pero las investigaciones contra Bolo continuaron sin interrupción ante los tribunales militares y tuvieron lugar audiencias y hasta confrontaciones; decían los periódicos que en su careo con Caillaux, a quien también le hicieron entonces muchos cargos y le abrieron sus cajas de hierro, sacándole todos sus documentos que allí conservaba, se hicieron mutuamente graves acusaciones, pero es el hecho que algunos años después, y cuando Bolo Pachá había sido fusilado, el señor Caillaux llegaba nuevamente a la Presidencia del Consejo de Ministros... Hubiera sido en extremo importante saber si después de haber sido un traidor a su patria había llegado a esas posiciones, o si las acusaciones de entonces habían carecido por completo de razón y de justicia; por supuesto que respecto de Bolo Pachá ya eso no revestía sino a lo más una importancia simplemente histórica, pues desde hacía varios años reposaba ya en el cementerio. Desgraciadamente en estas democracias, cuando tales acusaciones vienen de sus bajos fondos, hay en ellas buena parte de envidias, odios de razas o de categorías, bajas emulaciones y otras cosas que sería muy largo enumerar. Una de las acusaciones que se le hicieron a Bolo Pachá fue la de que en los avisos de "Le Journal", que dirigía Charles Humbert, había algunas palabras convenidas con los agentes alemanes, lo cual les permitía a éstos comunicarse por tal medio con sus corresponsales dentro del país, sin que de tales acusaciones se hubiera podido presentar la plena prueba. Recuerdo que en una de las audiencias que se le hicieron a Bolo Pachá se llamó a su hermano, Monseñor Henri Bolo, obispo muy conocido en Francia y aun en el exterior, por los importantes libros que publicó, y que éste, en su peroración, tuvo un momento feliz: tomó entre sus manos sus vestidos y les dijo a los del Tribunal Militar: "Os prometo por estos hábitos sagrados

que mi hermano es inocente; os pido solamente para probarlo un plazo de tres días y un pasaporte para pasar a España, a donde iré a solicitar del Banco de Castilla, en el cual tenía mi hermano todos sus fondos, un documento que os compruebe que su capital durante la guerra, lejos de aumentar, ha disminuído, de manera que eso destruye la tesis de que él ha recibido fondos de Alemania". Pero a pesar de tal declaración, ni le dieron el pasaporte, ni le hicieron el menor caso y aun tales informes que se pidieron al Banco de Castilla, no llegaron o no se tuvieron en cuenta, como más adelante lo expuso el abogado de Bolo Pachá al propio Presidente Poincaré al pedirle para él la gracia presidencial. Se necesitaba quizá demostrarle al bajo pueblo que la justicia alcanzaba también a los ricos, a los poderosos y hasta a las bellísimas bailarinas que, como Mata Hari, pagaban con su vida el precio de los cargos y de las acusaciones que entonces se les hacían; recuerdo que Gómez Carrillo publicó un libro justificando el fusilamiento de Mata Hari, pero el cual, según entonces se dijo, lejos de probar la justicia de tal acto, solo vino a demostrar que se carecía de razones fundamentales para haberla condenado. Los que entonces vivimos en Francia pudimos darnos cuenta de lo que luego publicó el mismo Presidente Poincaré: que Clemenceau ejerció una verdadera dictadura, aun contra su superior el mismo Presidente Poincaré, como él tantas veces lo refiere en sus memorias.

En el juicio que entonces se seguía a Bolo Pachá, la prensa daba los detalles que permitía la censura militar y se habló mucho de él en todas partes; en uno de esos días estuve en el Ministerio de Negocios Extranjeros, tratando sobre algún asunto oficial de mi país con el jefe de la sección de América, que era con quien generalmente se trataban esas cuestiones de poca importancia; me habló ese día de Bolo Pachá y me preguntó si era cierto que en Colombia había hecho muchos e importantes negocios como él lo afirmaba en una de sus declaraciones al tribunal militar que lo juzgaba; le dije que no estaba seguro de lo que él hubiera hecho en Colombia, pero que conservaba el recuerdo de que los negocios que había propuesto en asocio del apoderado de la casa Dreyfus, habían fracasado. Cuando yo le dije esto, noté que se animó y volvió nuevamente a preguntármelo; yo le dije que así lo creía, sin que pudiera asegurárselo porque cuando Bolo Pachá había estado

en mi país yo era sólo un estudiante y no tomaba parte en tales cuestiones. Entonces me dijo que por qué yo no le decía por escrito que Bolo no había ganado dinero en Colombia, con lo cual le prestaría a Francia un positivo servicio. Le dije que no se lo decía por escrito, porque yo no tenía de ello un conocimiento cierto ni a mi me constaba si Bolo Pachá había o no negociado en Colombia y que si el Ministerio deseaba saberlo a ciencia cierta bien podían preguntármelo por escrito y yo, en tal caso, solicitaría el informe oficial de mi gobierno, al cual comunicaría que se me preguntaba eso del Ministerio. Me dijo que sería lento y dispendioso y que lo mejor era que yo se lo dijera inmediatamente por escrito. Me negué de nuevo a hacerlo y el asunto no pasó de ahí. Al día siguiente me llamaron nuevamente del Ministerio por teléfono y un empleado de mayor categoría volvió a preguntarme sobre los negocios que Bolo Pachá hubiera hecho en Colombia. Como esa noche me había informado de sus proposiciones al gobierno de Colombia, le dije que el gobierno francés podría obtener esos datos en la "Banque Dreyfus", en donde podrían informárselo con mayor precisión; me respondió que lo que deseaban era un informe no de un francés, sino del representante de un gobierno extranjero, y que ese informe lo añadirían al largo expediente levantado contra ese traidor a la causa de Francia y que ellos sabrían agradecerme ese servicio, si yo me prestaba a hacérselos. Le dije nuevamente que en manera alguna podía darles un informe oficial, sin que mi gobierno me autorizara para ello y sin que del Ministerio de Hacienda de mi país me dijeran si en realidad Bolo Pachá había hecho o no negocios en mi tierra. Me dijo que eso no era lo que se debía hacer en tales circunstancias porque ello complicaría y demoraría más el asunto y que reflexionara si me decidía a darles el informe que me solicitaban, lo que muy bien podía hacer por medio de una carta particular que podía dirigirle a él. Como a los tres días volvió a preguntarme el Jefe de la Sección de América si me había decidido a darles el informe que me habían pedido y de nuevo me negué, lo que no fue obstáculo para que a poco anunciara la prensa que el Consejo de Guerra había condenado a muerte al traidor Bolo Pachá y para que éste fuera fusilado en Vincennes el 17 de abril de 1918. Muchas veces me felicité interiormente de haberme negado a entregarles la carta que con tanta in-

sistencia me pedían y de la cual sabe Dios si hubieran hecho depender la vida de ese desgraciado, de quien refiere Poincaré en sus memorias que quedaba petrificado cada vez que Bouchardon le hacía alguna pregunta, y sabido es que Bouchardon era el jefe de la investigación criminal en ese entonces. Poincaré dice allí: "*Bouchardon méduse Bolo*", lo que significa que petrifica a Bolo, pues Medusa, según la etimología, era la única mortal de las Gorgonas a la cual amó Neptuno, y a quien Minerva, a la que disputó ella el premio de la belleza, hizo que sus cabellos se transformaran en serpientes y dio a sus ojos el poder de convertir en piedra a cuantos la mirasen.

Refiere Poincaré que el abogado de Bolo Pachá, Maitre Albert Salle, fue el 7 de abril al Elíseo a decirle que estaba muy angustiado y que no iba a pedirle la gracia presidencial para Bolo Pachá, porque sabía que no habría de acordársela, pero sí que no tomara una decisión inmediatamente y que esperara para hacerlo a que llegaran las comisiones rogatorias que se habían despachado a España solicitando los datos del Banco de Castilla, y que no se explicaba por qué no habían activado más ese asunto. Y Poincaré refiere que él le contestó que "el rechazo de la gracia era inevitable y que el asunto no podía retardarse". Y hubo algo más: en Francia, cuando los tribunales civiles o militares condenaban a algún acusado, el recurso de gracia puede ser acordado por el jefe del Estado, pero que en este caso Clemenceau, de seguro porque conocía la opinión del Presidente sobre Bolo Pachá, había hecho suprimir la fórmula tradicional por la cual terminaban estos juicios y que decía: "Sin embargo, para el caso en que el Presidente quiera usar del derecho de gracia, adjunto un Decreto en blanco". Pues bien, Clemenceau rehusó seguir esa vieja tradición y firmar tales decretos en blanco, y en esta ocurrencia dizque fue más lejos e hizo rayar la fórmula impresa en tales papeles... después de lo cual quizá cabe preguntar si es el caso de seguir creyendo lo que decía Napoleón, que "el primer deber de los reyes — hoy digamos de los gobernantes—, era la justicia".

CARLOS ARBELAEZ URDANETA.